



Arenga Olímpica

Por **EDUARDO CARRANZA**

Algunas palabras hay, que a fuerza de ser repetidas por labios y por labios, van perdiendo el esplendor de su significado primero y adquiriendo dudosos tornasoles. Como las monedas borrosas ya y desdibujadas por el uso, a estas palabras es preciso fundirlas y acuñarlas nuevamente para restaurar su antiguo brillo. Devolverles su sentido original, ese que tuvieron en el amanecer de los idiomas, en el alba de gracia y milagro de las lenguas cuando cada vocablo era como el aliento musical de las cosas, como su sonora prolongación en canto y voz humana.

Vate, es una de aquellas palabras sobre las cuales el tiempo acumuló las más torcidas e injuriosas significaciones. Vate, que quiere decir tanto como poeta, y poeta, que vale tanto como profeta y creador. El vate fue primeramente el elegido, la voz de la tribu, el que canta lo que todos sueñan, el que dice ya en la copla de delgado vuelo, ya en el dulce rumor del madrigal, ya en el soneto de catorce remos, ya en el romance de bronceo son, ya en las odas de patín resonante, las quejas, las ansias, los himnos y las congojas, los sueños y la esperanza de todo un pueblo.

Un sutil ensayista contemporáneo anota que allí donde no hay rapsodas, cantores de gestas y de amores no puede haber patria, y explica poéticamente el origen de las naciones. "Cuenta Plutraco que los egipcios descubrieron este mito sublime. Un dios semejante a Mercurio —que es la razón— le arranca los nervios al viento para hacer las cuerdas de la lira. Cuando suena la música, dice Eugenio Montes, la multitud se conmueve, se mueve, se emociona y echa a andar tras el lírico divino". Y luégo acampa y funda la ciudad, el "Polis"; es decir el estado. Así se edifican las patrias, y así, cuando están derruidas, se reedifican, para que vuelvan a ser de campo de soledad, mustio collado, Itálicas famosas, flores de civilización y compañía".

Píndaro, de nombre clarosonante, fue por excelencia el vate de la antigua Grecia. Más aún que Homero, pues, si éste

levantado sobre su alta torre de siglos relata la hazaña mítica de los dioses, aquél cantó sobre la arena gloriosa y resonante de los estadios, sobre las playas anchurosas coronadas de espumas, sobre aquellas azules islas griegas dormidas como ángeles a la orilla del cielo, cantó entre el clamor de los mares y de las gentes, la gloria de los héroes tangibles, de aquellos muchachos olímpicos, a Hieron de Siracusa y Agesidamo Locrense, y Asopico Arcomenio, que han llegado hasta nosotros bellos y victoriosos sobre la pista de las odas pindáricas.

Y en el sentir de Píndaro, nada, ni los ríos que escriben sobre la tierra sus azules biografías, ni el viento que infla las velas y pone a palpar su corazón en las veletas, ni los días que suben sobre el mundo como brazos de claridad, ni el cielo abandonado al vuelo de las nubes, nada es tan digno de loa como la clara victoria de los torneos:

*“Así es más excelente
la olímpica porfía
que todas las que canta la voz nuestra”.*

El deporte sublima las más nobles virtudes humanas: el honor, que es como la pura esencia del alma, el orgullo, que es en el hombre la conciencia de sus altos destinos, la lealtad, la audacia, la firmeza y la caballería. No es, pues, frívolo entretenimiento ni desorientado vagar. Los griegos honraron en él su ideal de equilibrio, según el cual “toda la vida del hombre tiene necesidad de número y armonía”, su aspiración a lograr en el hombre una resultante de la fuerza y la gracia. Un arquetipo que tuviera como medida la balanza de la justicia, como anhelo la limpidez desnuda de la verdad y como norma los ojos claros de Minerva. El cristianismo abrió en el costado de nuestras almas la herida siempre doliente del infinito. El deporte toma en la edad media un sentido trascendental, ultrahumano y se refugia en la mística orden de la caballería andante. De simple culto a la fuerza y la belleza, se hace santo ejercicio en el nombre de Dios y adquiere dimensión de eternidad. Por los épicos caminos del medioevo cabalgan alucinados en piafantes corceles. Lanzarote y Don Galaor, Parsifal y Rolando y el Príncipe Negro; van entre un rumor litúrgico de plegarias y cánticos; la voz de los clarines hiere los aires agudamente; el sol está en la punta de sus lanzas como una banderola palpitante; el cielo se abre y cruza la sombra ecuestre de Santiago Apóstol; la punta de las espadas que era como una prolongación de las almas férreas de aquellos caballeros, va abriendo los cami-

nos de Cristo; guiando su sueño, sonríe en alta ventana una doncella de cristal; los rudos pensamientos de aquellos varones se adelgazan hasta hebra de plegaria para ser enhebrada en las agujas de las catedrales. Dios lo quiere! y este grito queda clavado y temblando en el cielo como una estrella para ser guía y consigna de todos los tiempos.

En el Renacimiento, que relajó la fortaleza cristiana de conciencias, el deporte se hace galante ejercicio cortesano de dagas y espadines, fanfarronería de espuelas españolas sobre los enlozados napolitanos.

El siglo dieciocho trajo aquellas peregrinas teorías de Rousseau sobre el retorno a la vida natural, esa especie de neopaganismo a ras de tierra. Dicen que Voltaire cuando leyó aquel famoso discurso de Rousseaux, exclamó burlonamente que le daban ganas de echarse a andar en cuatro patas. De entonces data ese abominable tipo ideal de hombre que es el ciudadano, engordado y achatado por el uso y abuso de todas las virtudes mediocres. El siglo diecinueve marca el apogeo del ciudadano borroso y vulgar, aburguesado y sin ímpetu hacia lo heroico, manufacturado por la Revolución Francesa. Por fortuna ya empieza a clarear nuevamente el alba grande de los capitanes y de los poetas. Los jóvenes que estamos a la altura de la hora de ahora, ya no aspiramos a ser simplemente buenos ciudadanos o afortunados estadistas, sino a ser héroes o a vivir bajo los ojos imperiales del héroe.

Irrumpen en la vida de la nación colombiana vibrantes equipos de muchachos duros en el cuerpo y en espíritu. Un viento azul infla los balones. Silban las jabalinas su recto silbo de hierro y los corredores vuelan en las pistas partiendo vientos alegres. En este día de la victoria y el trofeo, para saludar a las nuevas juventudes deportivas de Colombia yo hago subir mi voz en el aire, trémula y alegre, como sube en el asta una bandera.

EDUARDO CARRANZA